

de Breteuil, apereciéndose de su inquietud curiosidad, la satisfizo:—«¿De dónde viene vuestro hermano?» dijo á mi hermano. Yo respondí:—«Del Niagara.» Rivarol exclamó:—«¿De la catarata!» Yo me callé. Aventuró un principio de pregunta:—«El señor va...? —Adonde se batan,» le interrumpí. Nos levantamos de la mesa.

Esta emigración fatua me era odiosa: tenía prisa de ver á mis iguales, emigrados como yo, de seiscientas libras de renta. Indudablemente éramos muy estúpidos; pero al menos teníamos desenvainado nuestro espadon, y si hubiéramos obtenido triunfos, no hubiéramos sido nosotros los que nos hubiéramos aprovechado de la victoria.

Mi hermano se quedó en Bruselas de ayudante de campo del baron de Montboissier; yo salí solo para Coblenza.

Nada tan histórico como el camino que yo seguí; por todas partes despertaba algunos recuerdos ó algunas grandezas de la Francia. Yo atravesé á Lieja, una de estas repúblicas municipales, que tantas veces se sublevaron contra sus obispos ó contra los condes de Flandes. Luis XI, aliado de los liejeses, se vió obligado á asistir al saqueo de su ciudad para escapar de su ridícula prision de Perona.

Yo iba á reunirme y á forma parte entre estos hombres de guerra, que cifran su gloria en semejantes empresas. En 1792, las relaciones de Lieja y Francia eran mas pacíficas; el abad de San Huberto estaba obligado á enviar todos los años dos perros de caza á los sucesores del rey Dagoberto.

En Aquisgram, otro don; pero por parte de la Francia: el paño mortuorio que servía en el entierro de un monarca cristianísimo, era enviado á la tumba de Carlo-Magno como una bandera de alianza al feudo dominante. Nuestros reyes prestaban así fe y homenaje al tomar posesion de la herencia de la eternidad; juraban entre las rodillas de la muerte, su dama, á la que prometían ser fieles, despues de haberle dado el beso feudal en la boca. Además, era la única soberanía á quien la Francia rendía vasallaje. La catedral de Aquisgram fue edificada por Karl-le-Grand, y consagrada por Leon III. Habiendo faltado dos prelados á la ceremonia, fueron reemplazados por dos obispos de Maestricht, muertos mucho tiempo hacia, y que habian resucitado expresamente para ello.

Habiendo perdido Carlo-Magno una hermosa querida, estrechaba su cuerpo entre sus brazos, y no se queria separar de ella. Se atribuyó esta pasion á encantamiento: examinada la jóven muerta, se le halló una perla pequeña debajo de su lengua. La perla fue arrojada á un pantano: Carlo-Magno, furiosamente enamorado de este pantano, mandó rellenarlo, y edificó sobre él un palacio y una iglesia, para pasar su vida en el uno y su muerte en la otra. Las autoridades de esta narracion son el arzobispo Turpin y Petrarca.

Admiré la catedral de Colonia; si estuviera concluida, sería el monumento gótico mas bello de Europa. Los frailes eran los pintores, escultores, arquitectos y albañiles de sus basílicas; se glorificaban con el título de maestro albañil: *amentarius*.

Es curioso oír hoy á ignorantes filósofos y demócratas bárbaros gritar contra los religiosos, como si estos proletarios enfrailados, estas órdenes mendicantes, á quienes debemos casi todo, hubieran sido caballeros.

Colonia me trajo á la memoria á Calígula y San Bruno; he visto el resto de los diques del primero en Bayes, y la celda del segundo en la Gran Cartuja.

Remonté el Rhin hasta Coblenza (*Confluentia*). El ejército de los príncipes ya no estaba allí. Atravesé estos reinos vacíos: *inania regna*; vi este hermoso valle del Rhin, la mansion de las musas bárbaras, donde aparecían los caballeros alrededor de las ruinas

de sus castillos, en que se oye por la noche ruido de armas cuando va á sobrevenir la guerra.

Entre Coblenza y Tréveris caí en el ejército prusiano: yo desfilaba á lo largo de la columna, cuando á la altura de las guardias vi que marchaban en batalla; el rey y el duque de Brunswick ocupaban el centro del cuadro, compuesto de los granaderos de Federico. Mi uniforme blanco atrajo las miradas del rey; me hizo llamar, y el duque de Brunswick y él se quitaron el sombrero, y saludaron en mi persona al antiguo ejército francés. Me preguntaron mi nombre, el de mi regimiento, y el punto adonde iba á reunirme con los príncipes. Esta acogida militar me conmovió: respondí con emoción que, habiendo sabido en América la desgracia de mi rey, habia vuelto para derramar mi sangre en servicio suyo. Los oficiales y generales que rodeaban á Federico-Guillermo hicieron un movimiento de aprobacion, y el monarca prusiano me dijo:—«Caballero, siempre se conocen los sentimientos de la nobleza francesa.» Se quitó de nuevo el sombrero, y permaneció descubierto y parado, hasta que hube desaparecido detrás de la masa de granaderos. Ahora se declama contra los emigrados: *son tigres que destrazan el seno de su madre*: en la época á que me refiero vivían los antiguos ejemplos, y el honor valia tanto como la patria. En 1792 la fidelidad al juramento pasaba aun por un deber; hoy se ha hecho tan rara, que se mira como una virtud.

Una escena extraña, que ya se habia repetido por otros, estuvo á punto de hacerme retroceder. No se me queria admitir en Tréveris, adonde habia llegado el ejército de los príncipes. «Yo era uno de estos hombres que esperan los sucesos para decidirse; hacia ya tres años que yo debia estar allí; yo llegaba cuando era segura la victoria. No se necesitaba de mí; habia demasiados valientes despues del combate. Todos los dias desertaban escuadrones de caballería; hasta la artillería se pasaba en masa; y si continuaba esto, no se sabria qué hacer de tanta gente.» ¡Prodigiosa ilusion de los partidos!

Encontré á mi primo Armand de Chateaubriand, me tomé bajo su proteccion, reunió los bretones, y defendió mi causa. Me llamaron; me expliqué; dije que venia de América para tener el honor de servir con mis camaradas; que la campaña estaba abierta, pero no comenzada; de modo que llegaba á tiempo para la primera batalla; que, sobre todo, yo me retiraria si lo exigian; pero despues de haber obtenido una satisfaccion por el insulto inmerecido que se me hacia. El asunto se arregló: como yo era buen muchacho, las filas se abrieron para recibirme, y no tuve ya mas inconveniente que el de la eleccion.

EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—ANFITEATRO ROMANO.—
ATALA.—LAS CAMISAS DE ENRIQUE IV.

El ejército de los príncipes se componia de caballeros clasificados por provincias, y sirviendo en calidad de simples soldados; la nobleza se remontaba á su origen, y al origen de la monarquía, en el momento mismo en que esta nobleza y esta monarquía acababan como un anciano que vuelve á la infancia. Habia además brigadas de oficiales emigrados de diversos regimientos, igualmente convertidos en soldados; de este número eran mis camaradas de Navarra, conducidos por su coronel, el marqués de Mortemart. Estuve tentado á afiliarme con La Martiniere; pero el patriotismo de Armórica triunfó. Me alisté en la séptima compañía bretona, que mandaba Mr. de Goyon Miniac. La nobleza de mi provincia habia dado siete compañías; la octava se componia de gente plebeya; el uniforme gris de esta compañía diferia del de las otras siete, *color azul de rey*, y el sombrero levantado con arminios. Hombres adheridos á la

misma causa, y expuestos á los mismos peligros, perpetuaban la desigualdad política con señales odiosas; los verdaderos héroes eran los soldados plebeyos, puesto que ningun interés se mezclaba á su sacrificio.

Enumeracion de nuestro pequeño ejército.

Infantería de soldados nobles y oficiales: cuatro compañías de desertores, vestidos con diferentes uniformes de los regimientos de que procedían; una compañía de artillería, algunos oficiales de ingenieros, con algunos cañones, obuses y morteros de diversos calibres (la artillería y los ingenieros que abrazaron la causa de la revolucion consiguieron en el exterior la victoria). Una hermosa caballería de carabineros alemanes, de mosqueteros, á las órdenes del viejo conde de Montmorin, de oficiales de la marina de Brest, de Rochefort y de Tolon, apoyaban nuestra infantería. La emigración general de estos últimos oficiales sumió á la Francia marítima en esta debilidad de que la habia sacado Luis XVI. Jamás se habian ostentado con mas gloria nuestras escuadras desde Duquesne y Tourville. Mis camaradas estaban muy alegres: yo tenia las lágrimas en los ojos cuando veía pasar á estos dragones del Océano, que no gobernaban ya los navíos que humillaron á los ingleses y libertaron la América. En lugar de ir á buscar nuevos continentes que legar á la Francia, estos compañeros de la Perouse se hundían en los barrizales de la Alemania. Montaban el caballo consagrado á Neptuno; pero habian cambiado de elemento, y la tierra no era para ellos. En vano su comandante llevaba á su cabeza el pabellon destrozado de la *Belle Poule*: santa reliquia de la bandera blanca, de cuyos girones pendía aun el honor, pero de donde habia huido ya la victoria.

Teníamos tiendas; por lo demás, no carecíamos de todo. Nuestros fusiles alemanes, armas de rebusco, de una pesadez horrorosa, nos destrozaban la espalda, y frecuentemente no se podia tirar con ellos. Yo he hecho toda la campaña con uno de estos mosquetes, enteramente inútil.

Permanecimos dos dias en Tréveris. Me alegré mucho de ver ruinas romanas despues de haber visto las ruinas sin nombre del Ohio; de visitar esta ciudad, tan frecuentemente saqueada de la cual decia Salviano: «Fugitivos de Tréveris: queréis espectáculos; pedís á los emperadores los juegos del Circo; ¿para qué Estado, os pregunto, para qué pueblo, para qué ciudad?» *Teatra igitur quaritis, circum á principibus postulatis? Cui, queso, statui, cui populo, cui civitati?*

Fugitivos de Francia ¿dónde estaba el pueblo para quien queríamos restablecer los monumentos de San Luis?

Yo me sentaba en medio de las ruinas con mi fusil; sacaba de mi mochila el manuscrito de mi viaje á América; ponía las páginas separadas en la yerba alrededor mio; releía y corregía una descripcion de un bosque, un pasaje de *Atala*, entre las ruinas de un anfiteatro romano, preparándome así á conquistar la Francia. Despues recogía mi tesoro, cuyo peso, unido al de mis camisas, mi capote, mi jarro de estaño, mi botella espartada y mi Homero, me hacían esputar sangre. Intentaba meter á *Atala* con mis inútiles cartuchos en mi cartuchera; mis camaradas se burlaban de mí, y arrancaban las hojas que asomaban por los dos lados de la cubierta de cuero. La Providencia me socorrió: habiéndome acostado una noche en un pajar, no hallé al despertar mis camisas, y me habian dejado mis papeles. Alabé á Dios: asegurando *mi gloria* este accidente; me salvó la vida, porque las sesenta libras que pesaban sobre mis espaldas me

hubieran lastimado el pecho.—«¿Cuántas camisas tengo?» preguntaba Enrique IV á su camarero.—«Una docena, señor; pero hay algunas destrozadas.—Y pañuelos, ¿tengo ocho?—Ya no hay mas que cinco.» El bearnés ganó la batalla de Ivry sin camisas; pero yo no he podido devolver su reino á sus hijos perdiendo las mias.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

VIDA DE SOLDADO.—ÚLTIMA REPRESENTACION DE LA ANTIGUA FRANCIA MILITAR.

Vino la orden de marchar á Thionville. Andábamos cinco ó seis leguas diarias. El tiempo era muy malo; caminábamos en medio de la lluvia y por el fango, cantando: *¡Oh Richard! ¡Oh mon roi! ¡Oh pauvre Jacques!* Cuando llegamos al campamento, no teniendo ni furgones, ni viveres, íbamos con asnos, que seguían la columna como una caravana árabe, á buscar qué comer en las granjas y los pueblecillos. Pagábamos muy escrupulosamente; yo sufrí, sin embargo, una facion correccional por haber tomado impensadamente dos peras en el jardin de un castillo.

Un convento, un rio y un gran señor, dice el proverbio, son malos vecinos.

Plantamos al azar nuestras tiendas, cuyo lienzo teníamos que sacudir á menudo para impedir que penetrase el agua. Éramos diez soldados para cada tienda; estábamos todos encargados por turno de la cocina; uno cuidaba de la vianda, otro iba por el pan, y otro por la leña y por la paja. Yo hacia la sopa maravillosamente; recibía muchos cumplimientos cuando hacia el rancho al estilo de Bretaña; habia aprendido á soportar el humo entre los iroqueses, de manera que no me molestaba mi lumbre hecha de remajes verdes. Esta vida de soldado es muy divertida; me creía todavía entre los indios. Cuando comíamos, mis camaradas me hacían referir historias de mis viajes, que me pagaban con hermosos cuentos: todos mentamos como un cabo en la taberna con un recluta que paga el escote.

Una cosa me molestaba, y era lavar mi camisa; era preciso, y muy á menudo, porque los atentos ladrones no me habian dejado mas que una que me habia prestado mi primo Armand, y la que yo llevaba puesta. Cuando jabonaba mis calzoncillos, mis pañuelos y mi camisa á la orilla de un riachuelo, con la cabeza baja y los riñones en alto, me daban vahidos; el movimiento de los brazos me causaban un dolor insostenible en el pecho. Me veía obligado á sentarme entre las colas de caballo y los berros, y en medio del movimiento de la guerra, me divertía viendo correr un arroyuelo. Lope de Vega hace lavar la *venda del amor* á una pastorcilla; esta pastora me hubiera sido muy útil para un pequeño turbante de abedul que habia recibido de mano de mis florideñas.

Un ejército se compone ordinariamente de soldados casi de la misma edad, de la misma estatura, de la misma fuerza. Bien diferente era el nuestro: reunion confusa de hombres hechos, de ancianos, de jóvenes salidos de sus palomares, con la gerga normanda, bretona, la de Picardía, gascona, provenzal, del Langüedoc y Bearn. Un padre servía consus hijos, un suegro con su yerno, un tio con sus sobrinos, un hermano con otro, un primo con otro primo. Este ejército feudal, tan ridículo como parecia, tenia nobleza sin embargo, porque estaba animado por convicciones sinceras; ofrecía el espectáculo de la vieja monarquía, y era la última representacion de un mundo que pasaba. Yo he visto caballeros ancianos, de aspecto severo, pelo gris, vestido destrozado, con el morral y el fusil á la espalda, marchar con el baston en la mano apo-

yados en el brazo de uno de sus hijos: yo he visto á Mr. de Boishue, padre de mi camarada, muerto en los Estados de Rennes á mi lado, marchar solo y triste, con los piés desnudos sobre el lodo, llevando sus zapatos en la punta de su bayoneta, por miedo de gustarlos; he visto jóvenes heridos, arrimados al tronco de un árbol, auxiliados por un capellan con levita y estola, que los enviaba á San Luis, cuyos herederos se habian esforzado en defender. Toda esta tropa pobre hacia la guerra á su costa, sin recibir un cuarto de los príncipes, mientras que los decretos la acababan de despojar de sus bienes, encerrando nuestras mujeres y nuestras madres en calabozos.

Los viejos de otros tiempos eran menos desgraciados que los de hoy; si viviendo habian perdido sus amigos, pocas cosas habian cambiado á su alrededor; extraños á la juventud, no lo eran á la sociedad. Ahora, un rezagado en el mundo, no solo ha visto morir á los hombres, sino tambien á las ideas; principios, costumbres, gustos, placeres, penas, sentimientos, nada se parece á lo que él ha conocido. Acaba sus dias en medio de una raza diferente de la especie humana.

Y sin embargo; ¡Francia del siglo xix, aprende á estimar esta vieja Francia que te ha criado! ¡Tu serás vieja á tu vez, y te se acusará, como se me acusaba, de tener ideas anticuadas! ¡A vuestros padres habeis vencido; no los renegueis; habeis salido de su sangre! Si no hubieran sido generosamente fieles á las antiguas costumbres, no hubiérais bebido en esta fidelidad nativa la energía que ha producido vuestra gloria en las nuevas costumbres; entre las dos Francias no hay mas que una trasformacion de virtud.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

EMPIEZA EL SITIO DE THIONVILLE.—EL CABALLERO DE LA BARONNAIS.

Junto á nuestro campamento, indigente y oscuro, existia otro brillante y rico. En el estado mayor no se veian mas que furgones llenos de comestibles; no se veian mas que cocineros, criados y ayudantes de campo. Nada representaba mejor la corte y la provincia, la monarquía espirante en Versailles y la monarquía moribunda en los matorrales de Duguesclin. Teniamos odio á los ayudantes de campo; cuando habia alguna escaramuza delante de Thionville, gritábamos: —«¡Adelante los ayudantes de campo!» como gritaban los patriotas, «¡Adelante los oficiales!»

Sentí oprimirme el corazon cuando llegamos en medio de un dia oscuro á penetrar en un bosque que era ya de Francia. Pasar armado la frontera demi país, me causó una impresion inexplicable; tuve una especie de revelacion del porvenir, tanto mas, cuanto que yo no participaba de las ilusiones de mis camaradas, ni relativamente á la causa que sostenian, ni respecto al triunfo con que se lisonjaban; yo estaba como Falkland en el ejército de Carlos I. No habia un caballero de la Mancha, por enfermo y raquítico que fuese, con su sombrero de tres candiles, que no se creyese muy capaz de hacer huir él solo á cincuenta jóvenes vigorosos de los patriotas. Este respetable y complaciente orgullo, fuente de prodigios en otra época, no lo tenia yo; no me sentia convencido de la fuerza de mi invencible brazo.

Aparecimos invictos en Thionville en 1.º de setiembre, porque en el camino no hallamos á nadie. La caballería acampó á la derecha, la infantería á la izquierda, en el camino real que conducia á la ciudad por la parte de Alemania. Desde el campamento no se descubria la fortaleza; pero seiscientos pasos mas adelante se llegaba á la cresta de una colina, desde la cual se veia el valle de Moselle. Los caballeros de la marina unian la derecha de nuestra infantería con

el cuerpo austriaco del príncipe de Waldeck, y la izquierda de la infantería estaba cubierta por mil ochocientos caballos de la Maison Rouge, y de Royal-Allemand. Nos atrincheramos por el frente sobre una zanja, con las armas en pabellones. Las ocho compañías bretonas ocupaban dos calles transversales del campamento, y mas abajo de nosotros formaba la compañía de oficiales de Navarra, mis camaradas.

Concluidos estos trabajos en tres dias, se presentaron *Monsieur* y el conde de Artois, hicieron el reconocimiento de la plaza, á la cual se intimó la rendicion en vano aunque pareciese Wimplen dispuesto á rendirla. Como el gran Condé, no habiamos ganado la batalla de Roeroi; así no pudimos apoderarnos de Thionville, pero no fuimos batidos bajo sus muros como Feuquieres. Nos alojamos en la carretera, á la cabeza de un pueblecillo que sirve de arrabal á la ciudad, fuera de la fortificación que defendia el puente. El fuego se rompió casa por casa; nuestra avanzada se mantuvo en posesion de las que habia tomado. Yo no asistí á este primer encuentro; mi primo Armand se halló en él, y se comportó perfectamente. Mientras se batian en el pueblecillo, mi compañía fué á establecer una batería á la entrada de un bosque que dominaba una colina. En su pendiente habia viñas que bajaban á la llanura adherente á las fortificaciones exteriores de Thionville.

El ingeniero que nos dirigia nos hizo levantar una batería de césped destinada á nuestros cañones; hicimos ademas un ramal paralelo, para ponernos á cubierto del fuego de la plaza. Estas obras iban lentamente, porque todos, oficiales jóvenes y viejos, estábamos poco acostumbrados á manejar la pala y el azadon. Carecíamos de espuestas, y llevábamos la tierra en nuestros vestidos, que nos servian de sacos. El fuego de una tronera nos incomodaba tanto mas, cuanto que no podiamos contestarlo, porque toda nuestra artillería consistia en dos piezas de á ocho, y un obús á la Cohorn, que no estaban á tiro. El primer obús que disparamos cayó fuera del glasis, y excitó la burla de la guarnicion. Pocos dias despues recibimos cañones y artilleros austriacos. Cada veinte y cuatro horas fueron relevados en esta batería cien hombres de infantería y un piquete de caballería de los marinos. Los sitiados se dispusieron á atacarla; con el telescopio se observaba movimiento en las murallas. A la entrada de la noche se vió una columna que salia por una poterna, y que tomaba la luneta al abrigo de un camino cubierto. Mi compañía fue enviada de refuerzo. Al amanecer empeñaron la accion quinientos patriotas, en el pueblecillo sobre el camino real, encima de la ciudad; despues, contramarchando por la izquierda, atravesaron por las viñas para tomar nuestra batería por el flanco. La marina cargó con valor, pero fue envuelta, y nos dejó descubiertos. Estábamos mal armados para tirotearnos, y cargamos á la bayoneta. Los sitiados se retiraron no sé por qué; si hubieran resistido, nos hacen prisioneros.

Nosotros tuvimos muchos heridos y algunos muertos; entre ellos al caballero de La Baronnais, capitán de una de las compañías bretonas. Yo le envié la desgracia; la bala que le quitó la vida rebotó en el cañon de mi fusil con tal fuerza que le atravesó las dos sienes; su cerebro me saltó á la cara. ¡Inútil y noble víctima de una causa perdida! Cuando el mariscal de Aubeterre tuvo los Estados de Bretaña, pasó á casa de La Baronnais, padre, pobre caballero que vivia en Dinard, cerca de Saint-Malo; el mariscal, que le habia suplicado que no convidase á nadie, vió al entrar una mesa con veinte y cinco cubiertos, y le reprendió amistosamente.—«Monseñor, le dijo Mr. de La Baronnais: no tengo á comer mas que á mis hijos.» Tenia veinte y dos hijos y una hija, todos de la misma madre. La revolucion ha segado antes de agosto esta rica cosecha del padre de familia.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

CONTINUACION DEL SITIO.—CONTRASTES.—SANTOS EN LOS BOSQUES.—BATALLA DE BOUVINES.—PATRULLAS.—ENCUENTRO IMPREVISTO.—EFECTO DE UNA BALA Y UNA BOMBA.

El cuerpo austriaco de Waldeck comenzó á operar. El ataque fue mas vivo por nuestra parte. Era un hermoso espectáculo por la noche: frascos de fuego iluminaban las obras de la plaza cubiertas de soldados; luces súbitas herian las nubes ó el cenit azul cuando se aplicaba la mecha á los cañones, y las bombas que se cruzaban en el aire describian una parábola de luz. En los intervalos de las detonaciones se oian los redobles del tambor, las músicas militares y la voz de los centinelas de las murallas de Thionville y de nuestras avanzadas; desgraciadamente gritaban en francés en los dos campos: «¡Centinela, alerta!»

Si el combate era al alba, entonces el himno de la alondra sucedia al ruido de la fusilería, en tanto que los cañones que no tiraban nos miraban con la boca abierta silenciosamente por las troneras. El canto del ave, despertando los recuerdos de la vida pastoral, parecia reprender á los hombres. Lo mismo sucedia cuando hallaba algunos muertos en campos de alfalfa, ó al borde de un riachuelo que bañaba su cabellera. En los bosques hallaba santos é imágenes de la Virgen junto á los desastres de la guerra. Un cabrero, un pastor, un mendigo, arrodillados ante estos pacificadores, decian su oracion en medio del estruendo de la artillería. Todo un pueblo vino una vez, con su pastor á la cabeza, á ofrecer flores al patron de una parroquia inmediata, cuya imagen se hallaba en un árbol, enfrente de un manantial. El cura era ciego, soldado de la milicia de Dios; habia perdido la vista en las buenas obras, como un granadero en el campo de batalla. El vicario daba la comunión, porque el cura no hubiera podido deponer la santa hostia en los labios de los comulgantes. Durante esta ceremonia, y en el seno de la noche, bendecia la luz.

Nuestros padres creian que los patrones de los lugarejos *Jean le Silencieux*, *Dominique le Encuirasse*, *Jacques l'Intercis*, *Paul le Simple*, *Basile l'Ermite*, y tantos otros, no eran extraños al triunfo de las armas que protegian sus conchas. El dia mismo de la batalla de Bouvines se introdujeron ladrones en Auxerre en un convento bajo la invocacion de San German, y robaron los vasos sagrados. El sacristan se presentó ante la urna del bienaventurado obispo, y le dijo gimiendo:—«German, ¿dónde estabas tú cuando estos ladrones se han atrevido á violar tu santuario?» Una voz que salia de la urna respondió:—«Estaba junto á Cisoing, no lejos del puente de Bouvines; con otros santos ayudaba á los franceses y su rey, que han ganado una gran batalla con nuestro socorro.»

Cui fuit auxilio victoria prestita nostro.

Hicimos diferentes batidas por la llanura, y los llevamos hasta las trincheras de Thionville. La aldea del camino real, *Trans-Moselle*, era sin cesar conquistada y perdida. Yo me hallé dos veces en estos asaltos. Los patriotas nos trataban de *enemigos de la libertad*, de *aristócratas*, de *satélites de Capeto*; nosotros de *bandidos*, *corta-cabezas*, *traidores y revolucionarios*. Nos parábamos alguna vez, y se verificaba un duelo en medio de los combatientes, convertidos en testigos imparciales: ¡singular carácter francés que las pasiones mismas no pueden vencer!

Un dia que yo estaba de patrulla en una viña, habia á veinte pasos de mí un caballero anciano, cazador, que pegaba con la escopeta en las cepas, como para

descubrir la liebre; despues miraba vivamente á su alrededor con la esperanza de ver partir un patriota; todos estaban allí con sus costumbres. Otro dia fué á visitar el campo austriaco; entre él y el de la caballería de la marina se desplegaba la cortina de un bosque, contra la cual dirigia desacertadamente la plaza su fuego; la ciudad tiraba demasiado, porque nos creia en mayor número que el que teniamos, lo cual explica los pomposos boletines del gefe de Thionville. Al atravesar el bosque, vi una cosa que se removia en la yerba; me acerco; un hombre extendido cuan largo era, con la nariz en tierra, no presentaba mas que una larga espina dorsal. Yo lo juzgué herido; lo cogí por el cuello, y le levanté un poco la cabeza. Abre los ojos espantados; se incorpora un poco apoyándose en sus manos, y suelta una carcajada: ¡era mi primo Moreau! Yo no lo habia visto desde nuestra visita á Mad. de Chatenay. Tendido en tierra al bajar una bomba, no le habia sido posible levantarse. Yo tuve mucha dificultad en ponerlo en pié; su barriga se habia triplicado. Me dijo que servia en los suministros, y que iba á ofrecer bueyes al príncipe de Waldeck. Por lo demás, llevaba un rosario; Hugues Métel habla de un lobo que resolvió meterse monge; pero no habiendo podido habituarse á la abstinencia, se hizo canónigo.

Al volver al campamento atravesó por junto á mí un oficial de ingenieros, llevando á su caballo por la brida; una bala de cañon hirió al animal por lo mas estrecho del cuello; la cabeza y el cuello quedaron pendientes de la mano del ginete, que vino al suelo con su peso. Yo habia visto caer una bomba en medio de un círculo de oficiales de marina, que estaban comiendo sentados en rueda; la gamella desapareció; los oficiales, envueltos en la arena, gritaban como el viejo capitán de navío:—«¡Fuego á estribor, fuego á babor, fuego por todas partes, fuego en mi pe-luca!»

Estos golpes singulares parece que son propiedad de Thionville; en 1558 Francisco de Guisa puso sitio á esta plaza. El mariscal Strozzi fue muerto allí hablando en la trinchera al dicho señor de Guisa, que tenia apoyada la mano sobre su hombro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MERCADO DEL CAMPAMENTO.

Detrás de nuestro campamento se habia formado una especie de mercado. Los paisanos habian traído barriles de vino blanco de Moselle, que dejaban en los carros; los caballos comian sueltos á un extremo de ellos, mientras al otro se bebia largamente. Se freian salchichas, se vendian galletas anisadas, panes de centeno de un sueldo, pasteles de maiz, manzanas verdes, huevos encarnados ó blancos, pipas de tabaco, bajo un árbol, de cuyas ramas pendian capotes de paño burdo. Las aldeanas encima de angarillas, traian la leche de vacas, que cada uno tomaba por su turno. Alrededor de los fogones se veian las vivanderas con blusa y los militares con uniforme. Las cantineras gritaban en alemán y en francés. Unos estaban en pié, otros sentados en mesas de pino colocadas sobre un suelo desigual. Cada uno se abrigaba á la ventura bajo un lienzo de embalar, ó bajo ramas cortadas en el bosque como en Pascua Florida. Yo creo que habia tambien allí bodas en recuerdo de los reyes francos. Los patriotas hubieran podido fácilmente quitar, á semejanza de Mayoriano, el carromato de la casada: *Rapit esseda victor, nubentemque nurum* (Sidonio Apolinar). Se reia, se cantaba, se fumaba. Esta escena era muy divertida por la noche, entre las luces que la alumbraban en la tierra y las estrellas que brillaban encima.

Cuando no estaba ni de guardia en las baterías ni de servicio en la tienda, me gustaba cenar en el ferial. Allí se repetían las historias del campamento; pero, animadas por los brindis, eran mucho más hermosas.

Uno de nuestros camaradas, capitán por privilegio, cuyo nombre se ha oscurecido bajo el de *Dinarzade* que nosotros le pusimos, era célebre por sus cuentos: hubiera sido más correcto llamarlo *Sheherazade*, pero nosotros no éramos escrupulosos. Apenas lo veíamos, corriamos á él, nos lo disputábamos á ver quién se pondría á su lado. De corta estatura, de piernas largas, cara lacia, bigotes tristes, de ojos

atravesados, voz gruesa, gran espada en vaina de café con leche, presencia de poeta militar. Dinarzade, chocarrero serio, no reía jamás, y no se le podía mirar sin reír. El era el testigo obligado de todos los duelos, el amante de todas las damas de mostrador. Tomaba á lo trágico todo lo que decía, y no interrumpía su narración más que para beber en una botella, encender su pipa ó tragar una salchicha.

Una noche que lloviznaba, formábamos círculo junto á la espita de un tonel inclinado hácia nosotros de una carreta, cuyas varas estaban en el aire. Una vela pegada en el barril nos alumbraba; una arpillera



CHATEAUBRIAND CORRIENDO SU MANUSCRITO EN UN VIVAC DEL EJERCITO DE CONDÉ.

colocada diestramente nos servía de techo. Dinarzade, con su espada atravesada á lo Federico II, de pie junto á la rueda del carruaje y la grupa de un caballo, contaba una historia con gran satisfacción nuestra. Las cantineras que nos traían la pitanza se quedaban allí para escuchar á nuestro árabe. La tropa atenta de bacantes y silenos que formaban la comparsa, acompañaba la narración con muestras de sorpresa, aprobación ó desaprobación.

—«Señores, decía el narrador: ¿todos habeis conocido al caballero Vert, que vivía en tiempo del rey Juan?» Y cada uno respondía:—«Sí, sí.» mientras él engullía una salchicha.

—«Este caballero Vert, como sabeis, puesto que lo

habeis visto, era muy hermoso: cuando el viento levantaba sus cabellos rojos sobre su casco, parecía á una guirnalda de lino sobre un turbante verde.» La asamblea:—«¡Bravo, bravo!»

—«En una noche de mayo sonó una bocina en el puente levadizo de un castillo de Picardía ó de Auvergne, poco importa. En este castillo vivía la *dama de las grandes compañías*. Recibió bien al caballero; lo hizo desarmar, conducir al baño, y se vino á sentar con él en una magnífica mesa; pero ella no comió, y los pajes que servían eran mudos.»

La asamblea:—«¡Oh! ¡oh!»

—«La dama, señores, era grande, chata, flaca y dislocada, como la mujer del Mayor; por otra parte,

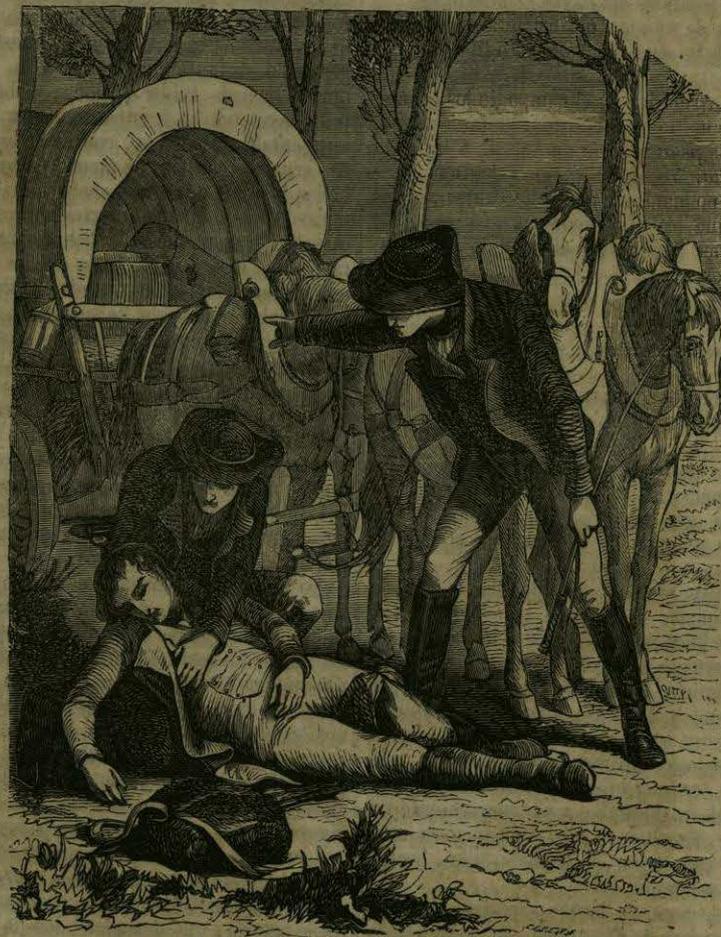
mucha fisonomía y aire de coqueta. Cuando reía y enseñaba sus dientes largos bajo su corta nariz, no se sabía ya dónde estaba. Ella se enamoró del caballero, y el caballero de la dama, á pesar de que le daba miedo.»

Dinarzade vació la ceniza de su pipa y quiso llenarla de nuevo; pero se le obligó á continuar.

—«El caballero Vert, muy anonadado, se resolvió á abandonar el castillo; pero antes de partir, pide á la castellana explicación de muchas cosas extrañas; él la ofrecía al mismo tiempo su blanca mano, con tal de que no fuera hechicera.»

El espadon de Dinarzade estaba clavado y colocado entre sus rodillas. Sentados é inclinados hácia adelante, formábamos alrededor de él con nuestras pipas una guirnalda de chispas como el anillo de Saturno. De repente gritó como fuera de sí:—«¡Pues, señores; la *dama de las grandes compañías* era la muerte!»

Y el capitán, rompiendo las filas y gritando:—«¡La muerte! ¡la muerte!» hizo huir á todas las cantineras. La sesión se levantó; el ruido fue grande, y las risotadas prolongadas. Nos acercamos á Thionville al ruido del cañon de la plaza.



CHATEAUBRIAND ES SOCORRIDO POR LOS CRIADOS DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

NOCHE EN LOS PABELLONES DE ARMAS.—PERRO HOLANDES.—RECUERDO DE LOS MÁRTIRES.—MI COMPAÑÍA EN LAS AVANZADAS.—EUDORO.—ULISES.

El sitio continuaba, ó por mejor decir no había sitio, porque no se abría brecha y no había tropa suficiente para el asalto. Se contaba con inteligencias y se esperaba la noticia de los triunfos del ejército prusiano ó del de Clairfait, con el cual se hallaba el cuerpo francés del duque de Borbon. Nuestros pocos recursos se agotaban; París parecía que se alejaba. El mal tiempo no cesaba; estábamos aislados en medio de nuestros trabajos: yo me despertaba algunas veces en una zanja con el agua hasta el cuello: al día siguiente amanecía tullido.

Entre mis compatriotas había hallado á Ferron de la Sigoniere, mi antiguo camarada de clase en Dinan. Dormíamos mal bajo nuestro pabellón; nuestras cabezas, fuera de la tienda, recibían la lluvia gota á gota. Me levantaba, y me iba á pasear con Ferron por delante de los pabellones de armas, porque todas las noches no eran tan divertidas como las de Dinarzade. Marchábamos silenciosos, escuchando la voz de los centinelas, mirando las luces de las calles de nuestras tiendas, como habíamos visto en otro tiempo en el colegio los faroles de nuestros corredores. Hablábamos del pasado y del porvenir, de las faltas que se habían cometido y de las que se cometerían; deplorábamos la ceguedad de los príncipes, que creían volver á su patria con un puñado de servidores, y afirmar con la ayuda del extranjero la corona en la cabeza de su hermano. Me acuerdo de haber dicho á mi camarada que la Francia querría imitar á la Inglaterra; que el rey perecería en el cadalso, y que proa-

blemente nuestra expedición contra Thionville sería un motivo grande de acusación contra Luis XVI. Ferron se conmovió con mi predicción: es la primera de mi vida. Después he hecho otras muchas, tan ciertas como poco atendidas, y cuando llegaba el suceso, todos se ponían á cubierto y se me abandonaba en manos de la desgracia que había previsto. Cuando los holandeses sufren una tormenta en alta mar, se retiran al interior del buque, cierran las escotillas y beben ponche, dejando un perro en el puente para que ladre á la tempestad; pasado el peligro, se envía al fiel á su nicho en el fondo de la cala, y el capitán vuelve á cubierta á gozar del tiempo en bonanza. Yo he sido el perro holandés del navio *Legitimidad*.

Los recuerdos de mi vida militar, grabados en mi pensamiento, los he escrito en el sexto libro de *Los Mártires*.

Bárbaro de la Armórica en el campo de los príncipes, llevaba á Homero con mi espada: prefería *mi patria*, la pobre, la pequeña isla de Aaron, á las cien ciudades de Creta. Yo decía como Telémaco: «Ese áspero país que no mantiene mas que cabras, me es mas agradable que los que producen caballos.» Mis palabras hubieran hecho reír al cándido Menelao, *agathos Menelaos*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PASO DE LA MOSELLE.—COMBATE.—LIBBA, SORDA Y MUDA.—ATAQUE DE THIONVILLE

Se esparció la noticia de que se iba á empeñar un combate; el príncipe de Waldeck debía intentar un asalto, mientras que nosotros, atravesando el río, llamáramos la atención de la plaza por el lado de Francia.

Cinco compañías bretonas, una de ellas la mía, la compañía de oficiales de Picardía y de Navarra, el regimiento de voluntarios compuesto de jóvenes de Lorena y de desertores de varios regimientos, fueron mandados de servicio. Debíamos ser sostenidos por el Royal Allemand, y diferentes cuerpos de dragones que cubrían nuestra izquierda; mi hermano se hallaba en esta caballería con el baron de Montboissier, que se había casado con una hija de Mr. de Malesherbes, hermana de Mad. de Rosambo, y por consiguiente tía de mi cuñada. Escoltamos tres compañías de artillería austriaca con piezas de grueso calibre, y una batería de tres morteros.

Partimos á las seis de la tarde; á las diez pasamos la Moselle, por encima de Thionville, en pontones de alambre.

Amoena fluente

Sutberlabentis tacito rumore Moselle (Ausone).

Al amanecer estábamos en batalla en la orilla izquierda, con la caballería de línea á las alas, y la ligera á la cabeza. A nuestro segundo movimiento nos formamos en columna y empezamos á desfilar.

A las nueve oímos á nuestra izquierda el ruido de una descarga. Un oficial de carabineros vino á escape á decirnos que un destacamento del ejército de Kellermann estaba próximo, y que la acción se había empeñado entre los tiradores. El caballo de este oficial había sido herido en la cara; se encabritaba echando espuma por la boca y sangre por las narices; este carabiniere, con el sable en la mano, sobre este caballo herido, estaba soberbio. El cuerpo que había salido de Metz maniobraba para envolvernos por el flanco; tenía piezas de campaña con las cuales alcanzó el regimiento de nuestros voluntarios. Yo ei

las exclamaciones de algunos reclutas heridos por la bala de cañón; estos gritos de una juventud llena de vida me causaron lástima: yo pensaba en sus pobres madres.

El tambor tocó á la carga, y fuimos en desorden hácia el enemigo. Nos acercamos tanto, que el humo no impedía ver lo horrible del rostro de un hombre dispuesto á derramar vuestra sangre. Los patriotas no habían adquirido todavía este aplomo que da el largo hábito de los combates y de la victoria; sus movimientos eran flojos, irresolutos; cincuenta granaderos de la vieja guardia hubieran pasado por encima de una masa heterogénea de ancianos y jóvenes nobles, indisciplinados; mil doscientos infantes se desorganizaron con algunos tiros de cañón de la artillería gruesa de los austriacos; se retiraron, y nuestra caballería los persiguió durante dos horas. Una alemana sordo-muda, llamada Libbe ó Libba, había seguido á mi primo Armand. Yo la encontré sobre la yerba que ensangrentaba su vestido, con el codo sobre sus rodillas cruzadas y altas; su mano, colocada bajo sus cabellos blondos y sueltos, apoyaba su cabeza. Lloraba mirando tres ó cuatro muertos, nuevos sordo-mudos que yacían á sus pies. No había oído el estrépito del rayo cuyo efecto veía, y no oía los suspiros que se escapaban de sus labios cuando ella miraba á Armand; jamás había oído la voz de su amado, y no oiría el primer grito del niño que llevaba en su seno; si el sepulcro no encerraba mas que el silencio, ella no se apercebiría de haber bajado á él.

Por lo demás, los campos de carnicería están en todas partes; en el cementerio del Este, en París, veinte y siete mil tumbas os harán conocer la batalla que da noche y día la muerte en vuestras calles.

Después de un descanso bastante largo, emprendimos de nuevo nuestro camino, y llegamos al anocheecer bajo los muros de Thionville.

No se tocaban las cajas; el mando se hacía en voz baja. La caballería, á fin de rechazar una salida, se colocó á lo largo de los caminos hasta la puerta que debíamos cañonear. La artillería austriaca, protegida por nuestra infantería, tomó posición á veinte y cinco toesas de las obras avanzadas, á espalda de los gabiones levantados á la ligera. A la una de la noche, el 6 de setiembre, un cohete tirado del campamento de Waldeck dió la señal al otro lado de la plaza. El príncipe comenzó un fuego nutrido, que la plaza contestó vigorosamente: también nosotros hicimos fuego.

Los sitiados, no creyendo que tuviéramos tropa por esta parte, tenían desguarnecida esta parte de muralla: no perdimos nada en esperar: la guarnición armó una doble batería, que desmontó dos de nuestras piezas: El cielo parecía de fuego, nosotros estábamos sepultados en torrentes de humo. Me aconteció ser un pequeño Alejandro; extenuado de fatiga, me dormí profundamente casi bajo las ruedas de una cureña, donde estaba de guardia. Un obus reventó á seis pulgadas de tierra; desperté al golpe, y no me sentí herido hasta que toqué mi sangre. Envolví mi pierna con un pañuelo. En el llano, dos balas habían pegado en mi mochila en un movimiento de conversión. Atala, como hija cariñosa, se colocó entre su padre y el plomo enemigo; le quedaba que sostener el fuego del abad Morelet.

A las cuatro de la mañana cesó el fuego del príncipe de Waldeck; nosotros creímos que la ciudad se rendía, pero las puertas no se abrieron, y tuvimos que retirarnos. Después de una marcha fatigosa de tres días, entramos en nuestras posiciones.

El príncipe de Waldeck había llegado hasta el borde de los fosos que pensaba tomar, esperando su rendición de un ataque simultáneo; se suponían siempre divisiones en la ciudad, y se lisonjearon con la idea de que el partido realista traería las llaves á los príncipes. Los austriacos, que habían tirado á barbata, perdieron

mucha gente, el príncipe de Waldeck tuvo un brazo roto. Mientras que corrían algunas gotas de sangre en Thionville, se derramaba á torrentes en las prisiones de París; mi mujer y mis hermanas corrían mas peligro que yo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO.—ENTRADA EN VERDUN.—ENFERMEDAD PRUSIANA.—RETIRADA.—VIRUELA.

Levantamos el sitio de Thionville, y nos dirigimos á Verdun, que se había rendido el 2 de setiembre á los aliados. Longwy, patria de Francisco de Mercy, había sucumbido el 28 de agosto. De todas partes llovían coronas al paso de Federico Guillermo.

Yo observé en medio de los pacíficos trofeos que el águila de Prusia flotaba sobre las fortificaciones de Vauban: no debía permanecer allí mucho tiempo: en cuanto á las flores, ellas iban á ver muy pronto marchitarse á las inocentes criaturas que las habían cortado. Uno de los asesinatos mas atroces del terror, fue el de las jóvenes de Verdun.

«Catorce jóvenes de Verdun, dice Riouffe, de un candor sin igual, y que parecían unas vírgenes jóvenes, ataviadas para una fiesta pública, fueron conducidas juntas al cadalso; desaparecieron de repente, y fueron segadas en su primavera; la corte de las mujeres, parecía al día siguiente de su muerte un parterre destrozado por la tempestad. Jamás he visto entre nosotros desesperacion semejante á la que excitó esta barbarie.»

Verdun es célebre por el sacrificio de sus mujeres. Según Gregorio de Tours, Deutérico, queriendo ocultar á su hija de las persecuciones de Theoberto, la metió en un carro tirado por dos bueyes, y la precipitó en la Meuse. El instigador de la muerte de las jóvenes de Verdun fue el poetaastro regicida, Pons de Verdun, encarnizado contra su ciudad natal. Es increíble lo que el *Almanaque de las musas* ha dado de agentes al terror; la vanidad de las medianías produjo tantos revolucionarios, como el orgullo ofendido de los horteras y los abortos: revuelta análoga de las enfermedades del espíritu y las del cuerpo. Pons unió á sus epigramas embotados la punta de un puñal. Fiel en apariencia á las tradiciones de la Grecia, el poeta no quería ofrecer á sus dioses mas que la sangre de las vírgenes; porque la Convención decretó, á consecuencia de su informe, que ninguna mujer embarazada pudiera ser traída á los tribunales. Hizo anular también la sentencia que condenaba á muerte á Mad. de Bonchamp, viuda del célebre general vandeano. ¡Ay! Nosotros, realistas, que seguíamos á los príncipes, llegamos á las derrotas de la Vandée sin haber pasado por su gloria.

No teníamos en Verdun para pasar el tiempo «aquella famosa condesa de Saint-Balmont, que después de haber dejado el traje de mujer, montaba á caballo, y servía ella misma de escolta á las damas que la acompañaban, y que había dejado en su carruaje...» No estábamos apasionados del *viejo Gaula*, ni nos escribíamos billetes en *lenguaje de Amadis*. (Arnauld.)

La enfermedad de los prusianos se comunicó al ejército nuestro, y fui atacado de ella. Nuestra caballería había ido á reunirse con Federico Guillermo en Valmi. Ignorábamos lo que pasaba, y cuando esperábamos de un momento á otro la orden de avanzar, recibimos la de retirarnos.

Extremadamente débil, y no permitiéndome la herida marchar sino con dolor, seguí como pude á mi compañía, que se desbandó muy pronto. Juan Balne, hijo de un molinero de Verdun, salió muy joven de casa de su padre, con un monge, que lo encargó de su alforja. Al salir de Verdun llevaba la alforja de la monarquía, pero yo no he sido ni intendente, ni obispo, ni cardenal.

Si en las novelas que he escrito he tocado mi propia historia, en las historias que he contado he intercalado recuerdos de la historia viva, de que he formado parte. Así, en la vida del duque de Berri, he descrito algunas escenas que habían pasado ante mis ojos.

«Cuando se licencia un ejército, vuelve á sus hogares; pero ¿los soldados del ejército de Condé tenían hogares? ¿A dónde debía guiarlos el palo que apenas se les permitía cortar en los bosques de Alemania, después de haber entregado el mosquete que habían tomado para defender a su rey?»

«Fue preciso separarse. Los hermanos de armas se dieron un adiós, y tomaron diversos caminos. Todos fueron á saludar antes de partir á su padre y capitán, el anciano Condé, de cabellos blancos, el patriarca de la gloria, dió su bendición á sus hijos, lloró por su tribu dispersa, y vió abatir las tiendas de su campamento con el dolor de un hombre que ve hundirse el techo paternal.»

Aun no habían trascurrido veinte años, cuando el gefe del nuevo ejército francés, Bonaparte, se despidió de sus compañeros; ¡tan pronto pasan los hombres y los imperios! ¡Tan pronto la fama mas extraordinaria no se salva del destino mas comun! Dejamos á Verdun: Las lluvias habían destrozado los caminos; por todas partes se encontraban arzones, cureñas, cañones empantanados, carros rotos, vivanderos con sus hijos á la espalda, soldados espirantes ó muertos en el lodo. Al atravesar una tierra labrada, estuve largo rato atolado en el barro hasta la rodilla; Ferron y un camarada me sacaron á mi pesar; yo les suplicaba que me dejaran, porque prefería morir.

El capitán de mi compañía, Mr. de Goyon Miniac, me dió el 16 de octubre un certificado muy honorífico. En Arlou vimos una fila de carretas, los caballos unos en pié, otros arrodillados; y algunos, con la nariz en tierra ya muertos, y metidos en las varas, parecían las sombras de una batalla que vivaqueaban á la orilla de la Estigia. Me preguntó Ferron lo que pensaba hacer, y le respondí: — «Si puedo llegar á Ostende, me embarcaré para Jersey, donde estará mi tío de Bedée; y desde allí podré ir á reunirme á los realistas de la Bretaña.»

La fiebre me minaba, y me sostenía con dificultad sobre mi pierna hinchada. Me sentí acometido de otro mal. Después de grandes vómitos, un salpullido cubrió mi cuerpo y la cara; una viruela pequeña se declaró; aparecía y desaparecía alternativamente, según las impresiones del aire. De esta suerte emprendí á pié un viaje de doscientas leguas, con la riqueza de diez y ocho libras tornesas; todo esto, para mayor gloria de la monarquía. Ferron, que me había prestado los seis escudos de tres francos, me abandonó porque lo esperaban en Luxemburgo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

LAS ARDENAS.

Al salir de Arlou me ajusté con un carretero, que me llevó cinco leguas por cuatro sueldos, dejándome sobre un monton de piedras. Di algunos pasos ayudado de mi mula, y lavé el lienzo de mi herida en una fuente que corría á orillas del camino. La viruela había salido completamente, y me sentí aliviado. No había abandonado mi saco, que me cortaba las espaldas con las correas.

Pasé sin comer nada una noche en una granja. La mujer del propietario no quiso el precio de la cama; al amanecer me trajo una taza de café con leche, con panecillo negro, que yo hallé excelente. Me puse en

camino gallardamente, aunque me acontecía el caer muy á menudo. Cuatro camaradas que me alcanzaron tomaron mi mochila, á pesar de hallarse muy enfermos. Encontramos aldeanos, y de carreta en carreta hicimos en cinco días bastante camino por las Ardenas, y llegar á Artert, Flamizoul y Belleve. El sexto día me dejaron solo; la viruela blanqueaba y se caía.

Después de haber andado dos leguas, que me costaron seis horas, descubrí un aduar de bohemios acampado, con dos cabras y un asno, detrás de una zanja, alrededor de un fuego de ramaje. Apenas llegué, me dejé caer, y las singulares criaturas se apresuraron á socorrerme. Una mujer joven, andrajosa, viva, morena, revoltosa, cantaba, saltaba, daba vueltas, teniendo atravesado su hijo sobre el seno; se apoyaba sobre los talones inclinándose sobre mí; me miraba con curiosidad á la luz del fuego; tomaba mi mano moribunda para decirme la buenaventura, pidiéndome un *sueldito*, lo cual era muy caro. Era difícil tener mas ciencia, gentileza y miseria que la de mi Sibila de las Ardenas. No sé cuándo me abandonaron los nómadas, de los que yo hubiera sido un hijo digno: cuando á la aurora salí de mi sopor, ya no los hallé. Mi buenaventurera se había ido con el secreto de mi porvenir. En cambio del sueldo, había dejado á mi cabecera una manzana que sirvió para refrescarme la boca. Me desperpecé, como Jeannot-Lapin, entre el *tomillo* y el *rocío*; pero yo no podía ni *pacer*, ni *trotar*, ni dar muchas vueltas. Me levanté, sin embargo, con intención de hacer *mi corte á la aurora*; estaba ella muy hermosa, y yo muy feo; su cara rosada anunciaba su buena salud; se hallaba mejor que el pobre Céfalo de la Armórica. Aunque jóvenes los dos, éramos amigos viejos, y me figuraba que sus lágrimas eran para mí.

Me interné en el bosque, sin tristeza; la soledad me había vuelto á mi naturaleza. Yo cantaba la romanza del infortunado Cazotte:

Tout au beau milieu des Ardennes
Est un chateau sur le haut d'un rocher, etc., etc.

En el torreón de este castillo de fantasmas, el rey de España, Felipe II, ¿no hizo encerrar á mi compatriota el capitán La-Noue, que era nieto de una Chateaubriand? Felipe consentía en soltar al ilustre prisionero, si este consentía en dejarse sacar los ojos; La-Noue estuvo á punto de aceptar la proposición, tan ansioso estaba de volver á su querida Bretaña. ¡Ay! yo estaba poseído del mismo deseo, y para quitarme la vista, no necesitaba mas que del mal con que Dios se había servido afligirme. Yo no encontré á *sir Enquerrand procedente de España*, pero sí pobres astrosos, buhoneros, que llevaban, como yo, toda su fortuna á la espalda. Un leñador entraba en el bosque; debía haberme tomado por una rama seca y cortarme. Algunas cornejas, alondras, algunos verdones, andaban por el camino, ó estaban inmóviles sobre las piedras, atentos al gabilan que se cernía en el aire. De cuando en cuando oía el sonido de una bocina de un porquero; yo entré á descansar en la choza de un pastor, donde no encontré mas que un gatito que me hizo mil graciosas caricias. El pastor estaba un poco distante, en pie, los perros sentados á diferentes distancias alrededor de los carneros; de día, este pastor cogía yerbas, era médico y hechicero; por la noche miraba las estrellas y era un pastor caldeo.

Yo hice alto en un cebadero de ciervos; los cazadores pasaban á distancia. Una fuente murmuraba á mis pies; en el fondo de esta fuente, en este mismo bosque, Orlando *inamorato*, pero no *furioso*, vió un palacio de cristal, lleno de damas y de caballeros. Si el paladín, que se reunió á las brillantes náyades, hubiera dejado al menos á Brides de Oro á la orilla de la fuente; si Shakspeare me hubiera enviado á Rosalinda y al duque desterrado, me hubieran prestado un

gran servicio. Después de cobrar aliento, continué mi camino. Mis ideas, debilitadas, flotaban en un caos sin encanto: mis antiguos fantasmas, teniendo apenas la consistencia de sombras casi borradas, me rodeaban para decirme adiós. Ya no tenía la fuerza de los recuerdos; yo veía en un horizonte indeterminado, mezclado de imágenes desconocidas, las formas aéreas de mis parientes y amigos. Cuando me senté en el borde del camino, me parecía ver rostros que me sonreían en el dintel de las cabañas distantes, en el humo azul del techo de las chozas, en la cima de los árboles, en lo trasparente de las nubes, en las gabilanas iluminadas por el sol, que dejaba caer sus rayos sobre los arenales como un rastro de oro. Estas apariciones eran las de las Musas, que venían á asistir á la muerte del poeta; mi tumba abierta con los montantes de sus lirás bajo una encina de las Ardenas, convenía igualmente al soldado y al viajero. Algunas pollas descarradas en la cama de las liebres, bajo los arbustos, hacían únicamente algún ruido en torno mio; vidas tan ligeras, tan ignoradas como la mía. Ya no podía andar, me sentía extremadamente mal; la viruela se internaba y me sofocaba.

Al concluirse el día, me tendí en el suelo sobre la espalda, en una zanja, con la cabeza apoyada en el saco de Atala, la muleta á mi lado, los ojos fijos en el sol, cuyas miradas se apagaban con las mias. Saludé con toda la dulzura de mi pensamiento al astro que había alumbrado mi primera juventud en mis lanchas paternas; los dos nos acostamos al mismo tiempo, él para levantarse más glorioso, yo, según todas las probabilidades, para no despertarme mas. Me desvanecí con un sentimiento religioso: el último ruido que oí era la caída de una hoja y el canto de un pájaro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FURGONES DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.—MUJERES DE NAMUR.—ENCUENTRO EN BRUSELAS Á MI HERMANO.—NUESTRA ÚLTIMA DESPEDIDA.

Parece que yo permanecí cerca de dos horas desmayado. Los furgones del príncipe de Ligne llegaron á pasar; uno de los conductores, que se había parado á cortar una vara de álamo, tropezó en mí sin verme: me creyó muerto, y me empujó con el pie: yo di señales de vida. El conductor llamó á sus camaradas, y por un instinto de piedad me echaron en un carro-mat. Los vaivenes me resucitaron; pude hablar á mis salvadores; les dije que era un soldado del ejército de los príncipes; que si querían llevarme á Bruselas, les pagaría lo que valiera.—«Bien, camarada, respondió uno de ellos; pero será preciso que te apes en Namur, porque nos está prohibido llevar á nadie. Te volveremos á coger al otro lado de la ciudad.» Pedí de beber; tragué algunas gotas de aguardiente, que hicieron aparecer los síntomas de mi mal, y que desahogaron mi pecho: la naturaleza me había dotado de una fuerza extraordinaria.

A las diez de la mañana llegamos á los arrabales de Namur. Puse pié á tierra, y seguí los carros á distancia: pronto los perdí de vista. Me detuvieron á la entrada de la ciudad. Mientras examinaban mis papeles, me senté bajo la puerta. Dos soldados de guardia, viendo mi uniforme, me ofrecieron un pedazo de pan de munición, y el cabo me presentó un vaso de aguardiente. Yo hice algunos cumplimientos rehusando beber en la copa de la hospitalidad militar.—«¡Toma! exclamó colérico, acompañando su mandato con un *sacrament der tsefel*.

Atravesé Namur con pena: iba apoyándome en las paredes. La primera mujer que me vió salió de su tienda, me dió el brazo con aire compasivo, y me

ayudó á andar; le di las gracias, y me respondió:—«No, no soldado.» Muy pronto llegaron otras mujeres; trajeron pan, vino, frutas, leche, ropas y mantas.—«Está herido, decían las unas en su patués francés brabanzon:—Tiene viruelas, decían otras; y apartaban los niños.—Pero, jóvenes, no podéis andar; vais á moriros; quedaos en el hospital.» Se relevaban de puerta en puerta, y me condujeron así hasta la de la ciudad, á cuya salida hallé los furgones. Se ha visto á una paisana socorrerme, se verá otra recogíendome en Guernesey. ¡Mujeres, que me habeis asistido en mi desgracia; si vivís todavía, que Dios ayude vuestra ancianidad y alivie vuestros dolores! ¡Si habeis muerto, que vuestros hijos gocen de la felicidad que el cielo me ha negado tanto tiempo!

Las mujeres de Namur me ayudaron á subir al furgón, me recomendaron al conductor, y me obligaron á aceptar una manta. Observé que me trataban con cierta especie de respeto y deferencia: hay en la naturaleza del francés algo de superior y delicado que reconocen los otros pueblos. La servidumbre del príncipe de Ligne me dejó otra vez en el camino á la entrada de Bruselas, y no quisieron tomar mi último escudo.

En Bruselas no me querían admitir en ninguna posada. El Judío Errante, Orestes popular que la justicia llevó á esta ciudad,

Quand il fut dans la ville
De Bruxelles en Brabant,

fue mejor recibido que yo, porque tenía siempre cinco sueldos en su bolsillo. Yo llamaba; abrian, y al verme me decían:—«Largo, largo,» y me daban con la puerta en las narices. Me echaron de un café. Mis cabellos caían sobre mi cara enmascarada con mi barba y bigote; tenía la pierna liada; por encima de mi uniforme llevaba la manta de las de Namur, atada á mi cuello á guisa de capa. El mendigo de la Odisea era mas insolente, pero no tan pobre como yo.

Me había presentado inútilmente en la fonda en que yo había vivido con mi hermano; hice una segunda tentativa; al acercarme á la puerta, vi al conde de Chateaubriand que bajaba del coche con el baron de Montboissier. Le asustó mi aspecto. Se buscó una habitación fuera de la fonda, porque el dueño rehusó admitirme. Un peluquero ofrecía un chiribitil adecuado á mi miseria. Mi hermano me llevó un médico y un cirujano. Había recibido cartas de París: el señor de Malesherbes lo invitaba á volver á Francia. Me refirió la jornada del 10 de agosto, las matanzas de setiembre, y las noticias políticas que yo no sabía. Aprobé mi proyecto de pasar á la isla de Jersey, y me dió veinte y cinco luises. La debilidad de mi vista apenas me permitía distinguir las facciones de mi desgraciado hermano: yo creía que estas tinieblas emanaban de mí, y eran las sombras que la eternidad derramaba en torno suyo: sin saberlo nos veíamos por la última vez. Todos cuantos somos no tenemos mas que el minuto presente; el que le sigue es de Dios; hay siempre dos inconvenientes para no volver á ver al amigo á quien dejamos: nuestra muerte ó la suya. ¿Cuántos hombres no han subido jamás la escalera por donde habían bajado?

Sentimos la muerte en la de un amigo: es una parte que se desprende de nosotros, un mundo de recuerdos de la infancia, de intimidades de familia, de afecciones é intereses comunes que se disuelven. Mi hermano me precedió en el seno de mi madre; él habitó el primero estas santas entrañas, de que yo salí después de él; se sentó antes que yo en el hogar paterno; me esperó muchos años para recibirme, darme mi nombre cristiano y unirse á toda mi juventud. Mi sangre, mezclada á su sangre en el vaso revolucionario, hubiera tenido el mismo sabor, como

la leche del pasto de una montaña. Pero si los hombres han derribado la cabeza de mi hermano mayor y la de mi padrino antes de tiempo, los años no perdonarán la mia; ya mi frente se arruga; siento un Ugolino, el tiempo, que inclinado hácia mi me roe el cráneo.

Come'l pan per fame si manduca.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

OSTENDE.—PASAJE Á JERSEY.—DESEMBARCO EN GUERNESY.—LA MUJER DEL PILOTO.—JERSEY.—MI TIO DE BEDÉE Y SU FAMILIA.—DESCRIPCION DE LA ISLA.—EL DUQUE DE BERRI.—PARIENTES Y AMIGOS PERDIDOS.—INCONVENIENTES DE ENVEJECER.—PASO Á INGLATERRA.—ÚLTIMO ENCUENTRO CON GESRIL.

No volvía el doctor de su admiración; miraba esta viruela que entraba y salía sin matarme, que no llegaba á sus crisis naturales, como un fenómeno sin ejemplo en la medicina. La gangrena se declaró en mi herida; me la curaron con quina. Obtenidos estos primeros socorros, me obstiné en pasar á Ostende. Bruselas me era odioso; tenía vivos deseos de dejarlo; se llenaba nuevamente de estos héroes de la servidumbre, que habían regresado de Verdun en calesa, y que no he vuelto á ver en este mismo Bruselas hasta que seguí al rey durante los *Cien Días*. Llegué cómodamente á Ostende por los canales; allí encontré algunos bretones, compañeros de armas. Fletamos una barca, y bajamos por el canal de la Mancha. Nos acostábamos en la cala, sobre piedras que servían de lastre. El vigor de mi temperamento se agotó al fin. Ya no podía hablar; los movimientos de la plena mar acabaron de abatirme. Bebí apenas unas gotas de agua de limon, y cuando el mal tiempo nos obligó á arribar á Guernesey, se creyó que iba á espirar; un sacerdote emigrado me leyó la recomendación del alma. El capitán, no queriendo que muriese á bordo, mandó que me desembarcaran en el muelle; me sentaron al sol, con la espalda apoyada en el muro, la cabeza vuelta hácia el mar, enfrente de la isla de Aurigni, donde ocho meses antes había visto la muerte bajo otro aspecto.

Aparentemente estaba expuesto á la piedad. La mujer de un piloto inglés pasaba; se conmovió, llamó á su marido, y este, ayudado de dos ó tres marineros, me llevó á una casa de pescador, á mí, al amigo de las ondas, y me acostaron en una cama buena con ropas muy blancas.

La joven marinera cuidó con toda asiduidad al extranjero: yo le debo la vida. Al día siguiente me volvieron á embarcar. Casi lloraba mi huésped al separarse de su enfermo; las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia. Mi blonda y hermosa guardiana, que se parecía á una figura de los antiguos grabados ingleses, estrechaba mis manos ardientes en sus frescas manos; yo me avergonzaba de acercarle tantas desgracias á tantos encantos.

Nos dimos á la vela, y abordamos la punta occidental de Jersey. Uno de mis compañeros, el señor Tilleul, se dirigió á Saint-Helier, en busca de mi tio. Mi tio lo mandó al día siguiente á buscarme con un carruaje. Atravesamos toda la isla; espirante como estaba, me encantaron sus florestas; pero yo deliraba y no decía mas que desatinos.

Cuatro meses estuve entre la vida y la muerte. Mi tio, su mujer, su hijo y sus tres hijas se relevaban en mi cabecera. Ocupaba una habitación en una de las casas que se empezaban á edificar á lo largo del puerto; desde mi cama veía el mar. El médico, Mr. Delattre, había prohibido que me hablaran cosas serias y sobre todo de política. En los últimos días de eger